

PARTE III
URBANIZACIÓN Y NATURALEZA

CAPÍTULO 7
Urbanismo, naturaleza y territorio en la Bogotá Republicana.
1810-1910

GERMÁN PALACIO CASTAÑEDA¹

Este documento hace un recorrido histórico del proceso de transformación urbano-ambiental de Bogotá durante el primer siglo de vida independiente, entre 1810 y 1910. Durante esta época, Bogotá vivió al interior de su estructura urbanística colonial de trazado ortogonal, no necesariamente premoderno. Igualmente, los confines de esta estructura se mantuvieron y la ciudad sólo empezó a expandirse sensiblemente a finales del siglo XIX e inicios del XX. Para decirlo en pocas palabras la colonia, en un aspecto fundamental, perduró durante el primer siglo republicano.

Mientras las características espaciales de conjunto se mantuvieron más bien estáticas, al interior de la ciudad ocurrieron algunos cambios arquitectónicos "a la francesa", pero también un proceso de densificación. Más importante que dichos cambios urbanísticos, quizás, fueron los cambios en el *hinterland*, al enlazar transformaciones territoriales de una época de "fiebre de tierra caliente"² que redefinieron la relación entre la capital y su región. En el esfuerzo que hizo el país para rearticularse al mercado mundial a través de la exportación de productos tropicales, Bogotá logró mantenerse como centro político y económico, tanto de su región (cuyas laderas dominaba hegemoníicamente al ubicarse sobre un altiplano de la cordillera oriental) como, precariamente, del conjunto del país.

Desde principios del siglo XX, una vez que se rompió el cerrojo espacial de las haciendas que rodeaban la ciudad, se desbocó el cambio modernizador acoplado con el proceso de crecimiento demográfico, la introducción de nuevos medios de transporte, el emplazamiento de nuevos barrios y el ensanche espacial de la ciudad. Estos cambios han sido rigurosamente documentados, publicándose recientemente trabajos extraordinarios de carácter comprensivo sobre la ciudad, tales como el estudio de Germán Mejía³ y el *Atlas Histórico de Bogotá*⁴ que son puntos de referencia obligados para cualquier trabajo histórico sobre la ciudad. El presente artículo, sin ser exhaustivo, se concentra en algunos elementos de carácter ambiental, es decir, sobre las relaciones entre territorio, urbanización y naturaleza.

Primero, se presentan los más notables elementos coloniales, relacionados con el trazado ortogonal de la ciudad; su conversión en capital y su precaria hegemonía sobre el territorio circundante; se atiende a la forma como reflejó la oposición naturaleza-civilización y, finalmente, la poco canónica representación cartográfica a que dio lugar tan característica de la ciudad, como vigente aún en nuestros días. Luego, se describen los cambios en la relación de la ciudad con su entorno: la Sabana y las laderas de tierra caliente, la reafirmación de Bogotá como capital, no sólo política sino económica y cultural del país; su crecimiento sobre el espacio ya demarcado desde la colonia, y los importantes cambios urbanísticos y arquitectónicos que empezaron a presentarse en ella. En tercer lugar, cómo desde la última década del siglo se empezaron a notar los atisbos de las más importantes transformaciones que se aceleraron en el siglo XX; el rompimiento del cerco de las haciendas que limitaba la expansión de la ciudad; las influencias europeas a través de las cuales se redefinió el espacio público colonial bajo la lógica del espacio-escenario y la consiguiente introducción de los parques dentro de la ciudad.

1 Profesor Titular, Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia, galpalaciog@gmail.com. Con el apoyo en la investigación de Manuel Rouillon, arquitecto, Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá.

2 Germán A. Palacio Castañeda, *Fiebre de tierra caliente*.

3 Germán Rodrigo Mejía Pavony, *Los años del cambio*.

4 Alberto Escovar, Margarita Mariño y César Peña, *Atlas histórico de Bogotá*.

Las paradójicas urbes coloniales hispanoamericanas (1536-1810)

La ciudad de Santa Fe de Bogotá fue fundada por el extremeño Gonzalo Jiménez de Quesada en 1536 en la Sabana del Zipa, en un punto rodeado de poblados indígenas dispersos al pie de una cadena de cerros de la cordillera oriental y en medio de dos quebradas, San Francisco (o Vichacha, su nombre precolombino) al norte, y San Agustín (o Manzanares) al sur. Entre ellas se trazó la ciudad, siguiendo un modelo de orden urbano no concordante con la forma de las ciudades medievales europeas. Este modelo es

la retícula de manzanas cuadradas en torno a la plaza Mayor (hoy Plaza de Bolívar), con la primacía de las cuatro calles que salen de la plaza, sobre las cuales se dispusieron las iglesias y claustros conventuales. La calle principal era la calle Real (hoy Carrera 7a.), articulada con el camino a Usme hacia el sur, a Chipaque hacia el oriente y a Zipaquirá y Tunja hacia el norte. Hacia el oriente los cerros cubrían la espalda de peligros de asalto de los nativos, en tanto que hacia el occidente partía la comunicación con Bacatá, sede de los alcázares del Zipa, así como la salida hacia las tierras calientes de los Panches y el río Magdalena.⁵

Con su trazado de corte ortomórfico, racional y moderno, traído por los españoles a América, en contraste con los modelos de las geomórficas urbes europeas medievales, Bogotá se enraizó en una región densamente poblada y fértil. En buena parte de su historia, como la mayor parte de las urbes fundadas por españoles, se mantuvo como una ciudad con ciertas características impresas en su aventura expansiva: la lógica del trazado "moderno",⁶ lo que parece paradójico en una ciudad católica y colonial. Como en una cubeta, en ella se cuadrículó y congeló el alma medieval.

No siempre es suficientemente reconocida la paradoja aparente que resulta al contrastar este espíritu medieval con la estructura ortogonal del trazado de la ciudad. Aquello que en la literatura de la década de 1990 llegó a conocerse como "posmodernidad", ese encontrado ensamblaje de elementos tradicionales y futuristas, pareciera ser uno de los signos determinantes de las primeras centurias de nuestras ciudades hispanoamericanas.

Si esa estructura cuadrículada debe ser subrayada como uno de los elementos constitutivos del espacio urbano, la plaza, la calle y la alameda fueron los principales lugares de la ciudad colonial, a partir de la retícula española. La plaza Mayor, entre todas las plazas de la ciudad, tuvo el atributo de ser el centro cívico por excelencia, el lugar de mayor categoría urbana y el ámbito del mercado. La creación de la plaza de mercado como nueva tipología arquitectónica de espacio cerrado, en la segunda mitad del siglo XIX, trasladó a su seno el mercado de la plaza Mayor de Bogotá, especializándola como centro

5 Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 11.

6 Nótese que la época que los hispanoamericanos llamamos *la Colonia* es la misma que los españoles llaman Edad Moderna.

cívico y político.⁷ Por su parte, la calle cumplía, entre otras funciones, la de servir como espacio a las procesiones políticas o religiosas, particularmente la calle Real o Séptima. Ocasionalmente también sirvió para carreras de caballos, y durante el siglo XIX se transformó en espacio comercial.

Los imaginarios europeos de fines de la Edad Media buscaban encontrar la ciudad ideal, como lo prueba la *Utopía* de Thomas Moro, y los españoles encontraron en América un espacio casi perfecto de experimentación.⁸ Llegado el siglo XIX, Bogotá mantenía aún la estructura espacial producto de la colonización española con su retícula cuadriculada. Esta forma ortogonal de manzanas, calles y plazas, aplicada a toda Hispanoamérica, tenía como razón de ser la acotación de un territorio y su materialización en un trazo geométrico con base en el ángulo recto. La red cuadriculada de calles ofrece diversas ventajas: aparte de establecer un orden, la retícula, sobre todo en terrenos planos, permite repartos de manzana regulares y sencillos en su diseño y de pronta localización en el suelo.

La ciudad capital

Santa Fe se mantuvo como una ciudad aldeana por casi dos siglos, hasta que las reformas borbónicas, primero en 1723 y luego en 1766, la convirtieron en capital virreinal de la Nueva Granada, y por una decisión política le dieron un especial realce que se mantendrá hasta la actualidad. Desde ese entonces, fue reconocida como el centro de uno de los cuatro virreinos del imperio español, junto con el de Nueva España con capital en México, Perú con capital en Lima y Río de La Plata, con capital en Buenos Aires. Las guerras de Independencia, de 1810 a 1819, no modificaron su semblante urbano y solamente después de 1850 empezó a experimentar un ligero crecimiento, que ya fue notorio a fines del siglo XIX.

Santa Fe de Bogotá se convirtió en el centro de un país inventado por una decisión política metropolitana. En contraste con otros lugares, por decir México, en la Nueva Granada primero hubo una decisión política administrativa que una población y un territorio que aglutinara y conectara distintas regiones. Previamente a esta decisión no existió una cultura precolombina que trazara esta unidad o conexión, como en el caso azteca, por lo cual la integración nacional del país ha costado y tardado tanto, lo que resulta sorprendente para tantos observadores contemporáneos.⁹

Santa Fe fue una capital intramontana sin que hubiera integrado materialmente al resto del país. Bajo la jurisdicción de Santa Fe, y por una lógica jurídica formal, quedaron colocadas las provincias de Santa Marta, Cartagena, Río de San Juan (luego llamada Chocó) y Popayán. Parafraseando a Margarita Serje, se podría decir que el mapa inventó el territorio.¹⁰ En todo caso, la instalación de la Real Audiencia y la Silla Arzobispal le confirió a Santa Fe la condición de capital, centralizando decisiones administrativas, judiciales y eclesásticas. Avanzado el siglo, los asedios marítimos de otras potencias contra las colonias españolas motivaron la re-creación del Virreinato de Santa Fe con jurisdicción sobre las provincias de Cartagena, Santa Marta, Maracaibo, Caracas, Guayana, Santa Fe de Antioquia y Quito,

7 Fabio Puyo Vasco, Alfredo Iriarte y Julián Vargas Lesmes, *Historia de Bogotá*, p. 140.

8 Thomas Moro, *Utopía*.

9 Germán A. Palacio Castañeda, *Civilizando la tierra caliente*.

10 Margarita Serje, *El revés de la Nación*.

confirmándose la categoría de capital a Santa Fe.¹¹ Una vez repasado el entorno territorial, podemos observar cómo se introducía la naturaleza en un espacio urbano que tendía a expulsarla.

Relación de oposición entre naturaleza y civilización

Frente al poblamiento disperso de los pueblos indígenas en buena parte de América, los españoles decidieron concentrar las poblaciones para facilitar su control, para hacer su labor de transformación cultural favoreciendo la conversión y para recolectar tributos. Este nuevo poblamiento implicaba variadas formas de articulación entre naturaleza y ciudad. Bastaría decir que en el fondo de la casa, al descubierto, se ubicaban los patios abiertos con huertos de verduras, flores, árboles ornamentales y frutales, y las indispensables plantas aromáticas y medicinales, además del pozo de agua;¹² en resumen, agua, luz, salud, comida y estética. Esta era una manera de incorporar lo rural dentro de lo urbano. Las casas coloniales en dos pisos, con amplio jardín central, explicarían, en cierta forma, la omisión de jardines y parques públicos.

Por ello, y en contraste con el espacio público urbano, Santa Fe de Bogotá se caracterizó por una tenaz voluntad de consolidar, en oposición a la geografía circundante, un espacio artificial que representara la "civilización" y la apropiación humana del territorio. La dimensión verde en el espacio público era ajena al concepto colonial de lo urbano, donde el medio construido conformaba un universo que se contrastaba con el entorno natural: en cambio, se construyeron "plazas empedradas o con piso de tierra a lo más, con una pila de agua, calles en duro, a donde ascendían sin alejamientos ni antejardines los muros de adobe o piedra: ni un árbol, ni una zona verde podía permitirse en esta ciudad que parecía luchar por independizarse de la naturaleza".¹³

Si bien este contraste entre naturaleza y ciudad es propio del espacio público colonial, se trata de un antagonismo que visto por ojos contemporáneos puede ser más aparente que real, en la medida en que el acceso al verde era prácticamente inmediato ya que la ciudad estaba asentada en un entorno donde lo rural era muy próximo, al contrario de las urbes actuales, en las que la salida hacia lo rural exige un largo y congestionado desplazamiento a través de asfalto y cemento. Veamos ahora cómo se representó cartográficamente el poblado.

La representación espacial: una afirmación del poder intruso

El asentamiento en el centro histórico de Bogotá es ligeramente inclinado, por ubicarse en un terreno de ladera o falda de cerros, contiguo a las mayores elevaciones que circundan la ciudad. Esa ciudad inicial miraba desde arriba al resto de su entorno. La reiterada representación del plano de la ciudad colocando el oriente en la parte superior del mapa, es decir, donde debería quedar ubicado el norte, hace parte del imaginario más arraigado de Bogotá. Así, todos los ejes quedan desplazados: el norte se coloca en el

11 Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 68.

12 Departamento Administrativo de Planeación Distrital, "Evolución Histórica del espacio público en Bogotá".

13 Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 66.

plano en lo que sería el occidente; el sur se ubica en el oriente; y el occidente en el sur. Probablemente esta disposición poblacional y esa heterodoxia cartográfica corresponden a una decisión militar y, por lo tanto, a una precaución frente a posibles ataques indígenas, lo que exigió colocar a la ciudad en un lugar elevado, dominando la planicie. Se trata de una decisión militar con el propósito de garantizar la defensa del nuevo asentamiento.

Otros factores pudieron haber incidido, como que el lugar donde se localizó la ciudad era un lugar de paso para el tránsito de la sal proveniente de Zipaquirá, pero lo verdaderamente sorprendente es que la representación cartográfica no siga los cánones. Esta forma de colocar la ciudad en un plano fue tan fuerte en el imaginario que todavía hoy en día se le sigue representando de esta manera (ver Imágenes 1 y 2).

BOGOTÁ EN LA ERA REPUBLICANA: 1830-1890

La transformación del territorio

Bogotá queda en el centro geométrico del territorio nacional, en un entorno aislado de una salida portuaria y lejos, bajo ciertas condiciones de comunicación, del río Magdalena, la arteria fluvial más importante del país en construcción (ver Imagen 3). Estas condiciones de aislamiento geográfico favorecieron el mantenimiento de una urbe de corte colonial, que permaneció imperturbable en su forma por un buen tiempo. El paso de ciudad colonial a ciudad republicana estuvo antecedido y condicionado por dos acontecimientos externos. Por un lado, las medidas de disolución de resguardos, acentuadas por los liberales de mediados de siglo y profundizadas por el General Tomás Cipriano de Mosquera en 1863; y la expansión de la economía de exportación de productos tropicales, por el otro.

En primer lugar, la disolución de resguardos en la Sabana tendió a darle movilidad a la tierra, así como a la fuerza de trabajo. En la Sabana, este proceso de orientación liberal que tuvo en las reformas borbónicas del siglo XVIII sus elementos pioneros, se anticipó a buena parte del país. Este territorio ancestral de ocupación indígena, ya contaba a la llegada de los españoles con una organización espacial a la manera de asentamientos dispersos o pueblos repartidos. Sus resguardos corresponden a los asentamientos indígenas antes de la llegada de los españoles y su disolución permitiría la libre enajenación de las tierras que les habían sido asignadas, lo que acabó provocando un desplazamiento de aquellos pobladores hacia Bogotá o hacia las tierras templadas y calientes. En el primer caso, la mendicidad se incrementó, y con el paso del tiempo se fue densificando la ciudad, tal como fue narrado por Miguel Samper.¹⁴ Otro efecto de estas medidas fue, en vez de la democratización de tierras pretendida por algunos liberales, la concentración de las mismas en pocas manos. En efecto, 80% de la tierra dedicada a explotaciones agrícolas eran pequeñas propiedades, de 2 a 10 fanegadas, debido a la disolución de los resguardos o a la división de la tierra en pedazos minúsculos. No obstante, 160 propiedades de más de 10,000 hectáreas concentraron 60% de la tierra en la Sabana.¹⁵

14 Miguel Samper, *La miseria en Bogotá*.

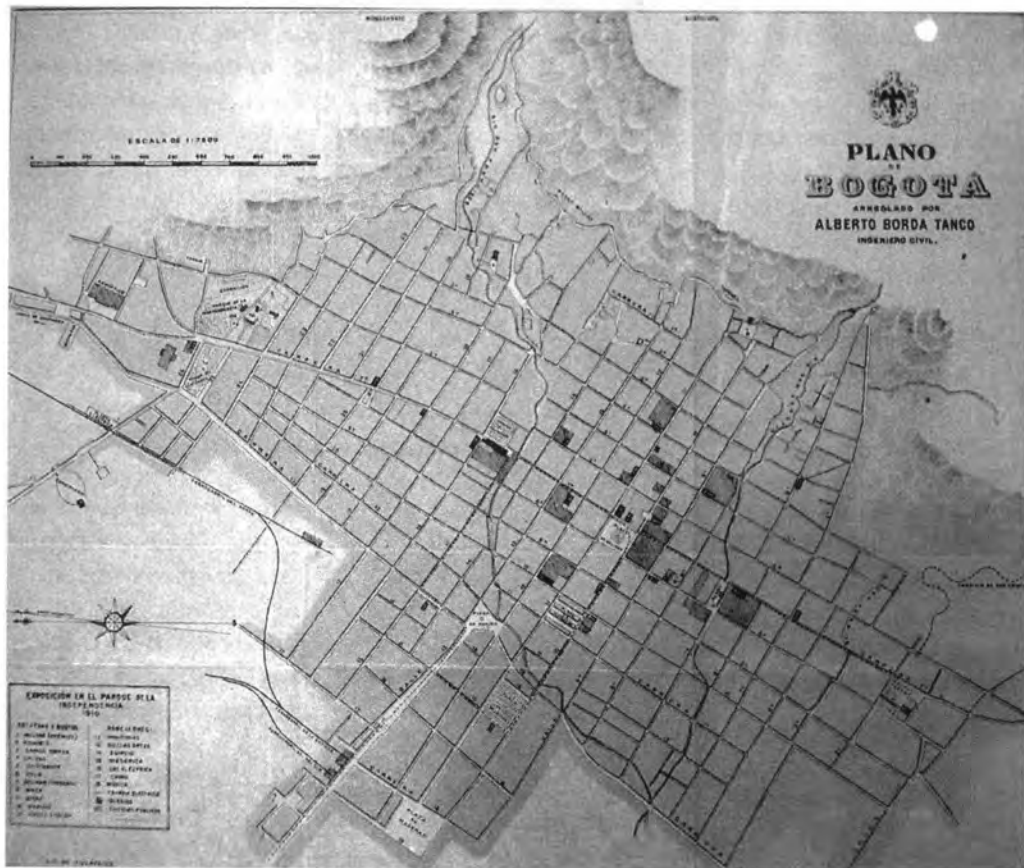
15 Salvador Camacho Roldán, *Estudios*.

IMAGEN I. Dibujo de la ciudad de Bogotá



Fuente: Puyo, Iriarte y Lesmes, *Historia de Bogotá*, Siglo XIX, 15

IMAGEN 2. Plano de Bogotá elaborado por el ingeniero Alberto Borda Tanco en 1911



Fuente: Puyo, Iriarte y Lesmes, *Historia de Bogotá*, Siglo xx, 340

Los resguardos estaban localizados en Facatativá, Nemocón, Fúquene, Fômeque, Zipacón, Tabio, Tocancipá, Suba, Bosa, Soacha, Engativá, Fontibón, Cota y Zipacón que corresponden en todos los casos a cabeceras municipales que sobreviven en la división política actual. En 1851, Salvador Camacho Roldán confirmaba que la disolución de dichos resguardos y la compra de las tierras por los hacendados para uso como dehesas ganaderas, tuvo como consecuencia la escasez de alimentos en Bogotá y la migración de los indígenas a la ciudad.¹⁶ Esto permitió un mayor dominio y primacía de Bogotá sobre su territorio inmediato: la Sabana. La incorporación de eucaliptos traídos de Australia y de pinos, contribuyó a desecar el paisaje sabanero y, así, cambiar definitivamente su faz. La expansión sobre la tierra caliente fue igualmente crucial.

Al intento de movilizar tierras y poblaciones se le sumó la decisión de rearticularse al mercado mundial, ya no a través de la exportación de metales preciosos, sino de productos tropicales, siguiendo las recomendaciones de Inglaterra, potencia comercial de la época. Bajo esta lógica, las ventajas comparativas del país tenían que ver con su carácter tropical. Medardo Rivas describió el descenso de empresarios de la capital hacia las vertientes del río Magdalena en una especie de crónica conocida como *Los trabajadores de tierra caliente*.¹⁷ De esta manera, una movilización importante de personas y recursos financieros se regó por las laderas que desde Bogotá conducían al río Magdalena, logrando que Bogotá domesticara dicha cuenca, construyera vías de comunicación y se apoderara de la "tierra caliente". Desde entonces, los bogotanos acostumbraron salir a veranear sistemáticamente. Y si se les presenta la ocasión, también han tendido a "descrestar calentano".¹⁸

Por ello no sorprende que Bogotá, tan montañera, fuera afectada por la coyuntura económica de la segunda parte del siglo XIX, durante la cual se rearticuló el eje andino que conectaba al río Magdalena con el movimiento de expansión de la economía Atlántica. La fiebre de tierra caliente permitió exportar productos tropicales, tales como añil, tabaco, algodón o café, entre otros, lo que impulsó una mejoría en medios de transporte que hizo del desarrollo de ferrocarriles, la navegación a vapor y la construcción de carreteras, actividades que estuvieron a la orden del día desde fines del siglo XIX. Este proceso de expansión de la sujeción de la ciudad sobre las laderas de tierra templada y caliente, consolidó la posición de Bogotá como capital del país. Una rivalidad con cualquiera otra ciudad del altiplano, por decir, Tunja fue completamente descartada.

La consolidación de la capital

El encadenamiento de la tierra caliente a los intereses bogotanos ocurrió simultáneamente con la reafirmación de Bogotá, no sólo como capital política, sino también económica y cultural. En 1863, Tomás Cipriano de Mosquera efectuaría la desamortización de bienes de manos muertas, lo que puso en circulación las propiedades de la Iglesia, la mayor propietaria de finca raíz en Bogotá. Entre la ciudad y la Sabana, los bienes desamortizados representaron 57% del país. Con esto, Bogotá se consolidó como

¹⁶ Citado en Alfredo Iriarte, *Breve historia de Bogotá*, p. 117.

¹⁷ Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*.

¹⁸ Germán A. Palacio Castañeda, *Civilizando la tierra caliente*.

capital política al lograr transferir una gran cantidad de edificaciones de la Iglesia a las manos del sector gobierno, secularizando importantes construcciones religiosas al habilitarlas para nuevos usos. Así, el convento de San Agustín se transformó en cuartel militar; el de El Carmen, en Hospital Militar; el de La Concepción en asilo de indígenas; y el de San Francisco en la sede del gobierno de Cundinamarca, donde también funcionaron los Ministerios de Hacienda, Obras Públicas, Guerra y Marina.

Adicionalmente, en esta época se continuó con la construcción del Capitolio Nacional, principal edificio de la nación, iniciada en 1846 por Tomás Cipriano de Mosquera, como sede del Congreso de la Nueva Granada. Thomas Reed, su constructor, afirma que no construyó una obra grande y ostentosa como el Louvre, puesto que “quedaría empezada y no competiría en lujo con las europeas; ni conviene cebarnos en lo superfluo cuando todavía carecen de lo necesario”. Por lo tanto, según él, el “proyecto presenta la sobriedad y severidad republicana, entereza de carácter de que tanto ha menester un pueblo reducido y modesto, (...) aliados con la dignidad y majestad que debe respirar el primer templo civil de una nación”.¹⁹

La reafirmación de Bogotá como capital dejó de ser un asunto de decisión política. Fue también un proceso económico y cultural. Las comunicaciones habían mejorado en términos relativos, haciendo menos aislada a Bogotá. Por ejemplo, en 1865 se construyó la primera línea telegráfica entre Bogotá, Honda, Ambalema y La Mesa; en 1884 se realizó la primera comunicación telefónica con Chapinero; en 1890 se construyó la primera central telefónica; en 1898 se realizó una comunicación de mayores distancias con ciudades como Villavicencio, Santa Marta, Barranquilla y Cartagena; en ese mismo año se realizó el primer correo postal; y en 1900 The Bogota Telephone Company compró el servicio por 50 años.

El relativo aislamiento de Bogotá fue compensado con algunas ventajas comparativas. Según Fabio Puyo, Bogotá contaba con una serie de factores sinérgicos favorables: era la ciudad donde más se concentraba el dinero en Colombia; la mayor plaza comercial de productos manufacturados extranjeros y nacionales; y un punto de paso obligado para la sal de Zipaquirá en su ruta hacia el interior del país. Contaba con una Casa de Moneda donde se acuñaban el oro y la plata (la otra quedaba en Popayán), y además tenía a su favor el hecho de ser la capital administrativa y política del país.²⁰

Asimismo, Bogotá era el primer polo de atracción de las migraciones internas desde principios de siglo. Pasada la primera mitad del siglo XIX, ya había en ella fábricas de hilados y tejidos; luego de lana, desde 1855. También de jabones, bujías y fósforos, así como de ladrillos, tejas y vasijas variadas. Había cervecerías y molinos para la producción de harinas de trigo y maíz.²¹ El espacio plano que circundaba a Bogotá la favorecía para tener rápidas comunicaciones con toda la Sabana y el altiplano boyacense, también muy poblado.

En el siglo XIX, dentro de un marco de vida rural regional, las ciudades eran los espacios de compra y venta de productos agrícolas y Bogotá el mercado más importante del país. No obstante, la región en su conjunto contaba con notorios mercados, como los de Facatativá y Zipaquirá en tierra fría; La Mesa,

19 Citado en Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 122.

20 Fabio Puyo, Alfredo Iriarte y Julián Vargas Lesmes, *Historia de Bogotá*, p. 140.

21 Vincent Goueset, *Bogotá. Nacimiento de una metrópoli*, p. 152. Ver también Alberto Escovar, Margarita Mariño y César Peña, *Atlas histórico de Bogotá*.

en tierra templada y Cunday, Villeta, Guaduas, Ocaña, Ambalema y otros pueblos, en tierra caliente. Tomadas en conjunto estas ciudades, podría decirse que formaban una región casi autónoma en la que Bogotá articuló una economía vertical que incluía y vinculaba la tierra fría con la tierra caliente.

La Sabana era la despensa de Bogotá y Bogotá el mercado más importante para los productos de la Sabana; y aunque el trigo fue el principal producto desde los albores del siglo XIX hasta mediados del mismo, para 1868 había sido desplazado por los pastos y la papa. Hacia esta fecha, según Camacho Roldán, "la Sabana de Bogotá era la región más poblada del país con 150,000 habitantes; demográficamente la más concentrada y la más rica".²²

La década de 1870 vio aparecer los primeros bancos en Bogotá, los cuales administraron los dineros del Estado, fueron prestamistas y emisores de dinero y financiaron el comercio y la producción. La necesidad de papel moneda y el incremento de la actividad económica provocó la aparición de establecimientos bancarios: Banco de Bogotá (1870), Banco de Colombia (1874), Banco Popular (1877), Banco Prendario (1880), Banco Nacional (1881), Banco Hipotecario (1883), Banco Internacional (1885), Banco de La Unión (1891). Estos bancos fomentarían las actividades agropecuarias e industriales.²³ A fines de siglo, la industria más estable era la de la cervecería Bavaria, así como la de los fósforos y chocolates que se hicieron presentes en la exposición industrial de 1910 en el parque de la Independencia.

Bogotá, además de capital económica, también fue una capital cultural. En el siglo XIX contaba con la mayoría de las más importantes instituciones de educación superior del país, entre ellas el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y el San Bartolomé. Igualmente, tras su construcción en 1879, sumó a las anteriores el panóptico en los Altos de San Diego, que para ese entonces figuraba por fuera del perímetro urbano. En 1867 dio lugar a la creación de la Universidad Nacional de Colombia, que empezó actividades en los claustros El Carmen, La Candelaria, Santa Inés, y el edificio de las aulas, desamortizados en el año 1861. Por último, en 1886 permitió dar inicio a la enseñanza de la arquitectura en Colombia con la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, posibilitando así una mayor receptividad ante la llegada, en estas últimas décadas del siglo XIX, de arquitectos extranjeros portadores del "nuevo estilo", a semejanza de Europa: "Correspondió a estos arquitectos, no sólo introducir el nuevo lenguaje, sino también precisar todos los nuevos edificios que la sociedad moderna requería: hospitales, instituciones educativas, pabellones, plazas de mercado, estaciones y bancos".²⁴

A finales de siglo, sólo Bogotá, con respecto al resto del país, contaba con una "imagen medianamente urbana, con dos buenos teatros, algunos colegios y bancos y un buen edificio de gobierno en construcción".²⁵ Arango, específicamente, se refiere a los teatros Colón y Municipal, y al Capitolio Nacional. El primero fue construido entre 1885-1895 por Pietro Cantini, y el segundo, entre 1887 y 1890, por Mariano Santamaría. Estos eran edificios que representaban las nuevas ideologías: "producían un fuerte contraste con el austero y sencillo estilo colonial de su entorno".²⁶

22 Vincent Goueset, *Bogotá: Nacimiento de una metrópoli*, p. 68.

23 Carlos Niño, *Arquitectura y Estado*, p. 35.

24 Silvia Arango, *Historia de la arquitectura en Colombia*, p. 124.

25 Carlos Niño, *Arquitectura y Estado*, p. 35.

26 Silvia Arango, *Historia de la arquitectura en Colombia*, p. 124.

Un factor cultural que también desempeñó un papel de importancia, fue el determinismo ambiental predominante durante la mayor parte del siglo XIX. Después que los imaginarios humboldtianos sobre la naturaleza tropical fueron dejados atrás como reflejo de una expresión romántica pasada de moda,²⁷ los imaginarios capitalistas del dominio humano sobre la naturaleza, junto con el eurocentrismo ambiental, recorrieron América y el mundo. Los bogotanos, que cuentan con un clima frío, se consideraron una excepción frente a muchos de sus paisanos de climas tropicales, de tierras templadas y bajas, las cuales se pensaban lugares insalubres, poblados por gente indolente y poco fértiles para el florecimiento de la civilización. En cierta forma, se creyeron más europeos que muchos de sus paisanos, en una época de rabioso eurocentrismo. Pero la fortaleza como capital tardó bastante en expresarse en una ampliación del espacio urbano.

Bogotá, desde un punto de vista histórico-espacial, puede ser vista como una secuencia de ciudades parciales que se superponen sobre "viejas estructuras". Si bien poco a poco se consolidaba como capital, las transformaciones espaciales que se produjeron en el siglo XIX se efectuaron sobre la base de la ciudad colonial. En muchos casos la construcción, como hecho físico, se efectuó sobre el viejo casco urbano.

El urbanismo colonial prevaleció hasta las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, y sólo empezó a cambiar cuando, a comienzos del nuevo siglo, se formalizaron nuevas formas de ocupación por fuera del perímetro urbano tradicional y se empezaron a disolver las antiguas haciendas circundantes. Sobre la misma estructura, ambas formas de ocupación vivieron transformaciones tanto arquitectónicas como urbanísticas. Al final del siglo XIX, se registró el mayor hacinamiento producido en la historia urbana de Bogotá. El crecimiento de la ciudad se había dado únicamente como densificación de la misma, ya que las haciendas constituían un limitante estructural que sólo se rompió después de 1905, con la compra de haciendas por algunos comerciantes.

LA URBE EN TRANSICIÓN AMBIENTAL

Bogotá, a fines del siglo XIX, fue cambiando de imagen en la medida de sus posibilidades. Eso ocurrió en un proceso lento de crecimiento demográfico. Así, en 1801 Bogotá contaba con 21,000 habitantes, en 1840 con 41,000 y en 1881 con 84,000 habitantes. Acompasándose con ese crecimiento, en 1863 la ciudad se dividió en cuatro distritos parroquiales: La Catedral, Las Nieves, San Victorino y Santa Bárbara. En 1882, se crearon las parroquias de Las Aguas, Egipto y, poco después, la viceparroquia de Las Cruces, dependiente de Santa Bárbara. Hacia 1876, según la *Guía Ilustrada de Bogotá*, la ciudad contaba con 30 carreras de norte a sur y 26 de oriente a occidente, 700 calles, 250 manzanas, cuatro plazas, ocho plazuelas y 3,000 casas. Se redactaron normas que estipularon condiciones necesarias para obtener "la solidez y elegancia" en las nuevas construcciones, así como requisitos higiénicos. Y,

27 Que sólo son recuperados nuevamente con la crisis ambiental de fines del siglo XX y que les permitió a los colombianos realizar un homenaje con la creación del Instituto Alexander von Humboldt, adscrito al Ministerio del Medio Ambiente, creado con la ley 99 de 1993.

a pesar de la lucha anticlerical de la época liberal, Bogotá mantuvo como límites de su forma urbana a las iglesias en sus cuatro extremos, como evidencia de su protagónica presencia en la colonia y durante todo el siglo XIX.²⁸

El crecimiento fue lento pero mostró cambios que no dejan de ser notorios. En 1905 Bogotá alcanzó la cifra de 100 000 habitantes, mientras que Colombia sobrepasó los 3 millones. En general, era todavía un país rural que realizaba elecciones pero que estaba lejos de haberse democratizado, en buena medida porque era una figura central de la explotación económica. Mientras tanto, Bogotá estaba cambiando algunas de sus características coloniales, lo cual se denotó a través de las plazas, el cambio de destinación de edificaciones y la construcción de obras públicas.

Las plazas se convirtieron en plazas-parques; el comercio de alimentos, que en la época colonial se efectuaba en ellas, se trasladó a las "plazas de mercado" cubiertas, desplazando de la principal, por razones higiénicas, funcionales y también estéticas, el monopolio de actividades que sobre ella se realizaba. La incorporación de vegetación en la ciudad y el traslado de actividades a nuevos espacios reflejan también, en parte, el cambio.

En la medida en que el siglo finalizaba, crecía la economía exportadora y se producía más intercambio entre la urbe montañosa y el concierto internacional de naciones "civilizadas". Al tiempo, un cambio de conciencia ocurría en cuanto a los ideales de mejora de la imagen urbana de Bogotá, con respecto a la Santa Fe colonial. La creación de estos nuevos espacios no respondía a necesidades de orden funcional, sino al propósito de actualizarse dentro de una nueva idea de lo urbano, que otorgaba un mayor valor a lo estético: que contraponía al modelo colonial hispano, el francés y relegaba al primero por ser, se suponía, reflejo de atraso. La naturaleza ya no tenía que contrastarse con la civilización. Se trataba de una especie de segunda naturaleza: ya no la naturaleza silvestre sino la naturaleza humanizada en forma de parque y jardín y reinsertada en la ciudad.

Los espacios urbanos más importantes de fines de siglo en Bogotá corresponden a la Plaza Bolívar, la calle del Florián (Jiménez entre carreras 7 y 8), y, posteriormente, el Paseo Bolívar que conectó la estación de la Sabana con la plaza de San Victorino, el Parque Santander y el Parque Centenario. A partir de 1851, la plazuela de San Francisco fue denominada Parque de Santander, y durante 1881, Caciano Caicedo fue comisionado para adelantar los trabajos de jardinería y arborización, por lo que la plaza logró el calificativo de "parque". Desde entonces, varias plazas coloniales convertidas en plazas-parque se revistieron de rejas, faroles, prados, flores y estatuas de héroes hacia fines del siglo XIX. En 1883 se inauguró el primer parque de Bogotá llamado el Parque del Centenario (con ocasión del centenario del natalicio de Simón Bolívar), frente a la iglesia de San Diego. Una de las instituciones que se crearon fue la "Sociedad de Embellecimiento", luego llamada de "Mejoras y Ornato", que se encargó de efectuar obras de embellecimiento en la ciudad durante los primeros años del siglo XX. Los parques, jardines, paseos, bulevares, plazas-parques, corresponden a este periodo y responden a la idea de espacios-escenarios. La influencia urbana más fuerte en este periodo, proviene de la Francia del siglo XIX.²⁹ Un ejemplo de esta imitación francesa corresponde en Bogotá al Paseo Colón. En 1884 se inauguró el

28 Francisco Javier Vergara y Velasco, *Almanaque y Guía ilustrada de Bogotá para el año de 1881*.

29 Carlos Martínez, *Bogotá. Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 110.

tranvía de carros tirado por mulas, que conectaba la plazuela de San Francisco con Chapinero y que aún subsistía en 1900.³⁰ En dicho año, este tranvía de mulas comunicaba el centro de Bogotá con la plaza de Chapinero hacia el norte; hacia el occidente con el actual cementerio central y con la estación de la Sabana; y hacia el sur con la plaza de Las Cruces, límite del área urbanizada.

El embellecimiento no era homogéneo ni extendido a toda la ciudad. Hacia 1890 se produjo el mayor hacinamiento en la historia de Bogotá. Por lo anterior, la convivencia dentro de la misma casa entre personas de niveles económicos opuestos, los pobres en el primer piso y los ricos en el segundo, se mantuvo hasta que no se conformaron nuevos barrios en el siglo xx. De este modo se densificó una cierta ciudad popular, representada por los barrios tradicionales y las chicherías, principales espacios de socialización de los sectores populares. La ciudad afrancesada se contrastaba así con una ciudad popular y mestiza, de fuerte influencia indígena.³¹

Chapinero adquirió el carácter de barrio permanente hasta finales del siglo xix. El crecimiento urbano, como expansión espacial, tenía una limitación en la existencia de las haciendas. Aunque Chapinero empezaba a jalonar el crecimiento hacia el norte de la ciudad, la forma de desarrollo predominante seguía siendo concéntrica, todavía alrededor de los entornos contiguos de la Plaza mayor.

Hacia fines del siglo xix se produjeron dos fenómenos que pueden ilustrar la posterior polarización norte-sur de la ciudad. En primer lugar, un desplazamiento de los ricos hacia el norte, atraídos por Chapinero. En segundo lugar, un poblamiento de los barrios del sur en torno a las pequeñas fábricas allí instaladas. En todo el siglo xix Bogotá quintuplicó su población, mientras que el espacio y la extensión de la ciudad crecían 60%. La intensificación de actividades políticas, económicas, sociales y culturales quedó encapsulada en un espacio apretado por haciendas. Eso no podía durar mucho tiempo más.

HACIA EL ESPLENDOR REPUBLICANO

Regulación Urbana y Civilización

A fines del siglo xix, mientras que la población de Bogotá se quintuplicó, la ciudad no se extendió siquiera al doble de su espacio físico, sino que se densificó.³² Estas cifras de crecimiento no son impresionantes cuando se las contrasta con las de otras ciudades latinoamericanas. Por poner sólo dos ejemplos, cuando Bogotá rebasa los 100 mil habitantes a comienzos del siglo xx, Buenos Aires rebasa el millón. Inclusive, Montevideo en 1880 ya había rebasado los cien mil habitantes.

Si bien el crecimiento de Bogotá termina manifestándose en un aumento de sus dimensiones horizontales, la transformación vertical por la construcción en altura de casas con 2 o 3 pisos, junto con la subdivisión de predios de vivienda, fueron más significativas hacia finales de siglo. La regulación del

30 Carlos Niño, *Arquitectura y Estado*, p. 34.

31 Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*.

32 *Ibid.*, p. 122. Ver también Alberto Escobar, Margarita Mariño y César Peña, *Atlas histórico de Bogotá*.

ensanche urbano de Bogotá se hizo con el primer código de urbanismo, a fines del siglo xix.³³ Por medio de dicho código se buscaba "someter a los propietarios de tierras que sin orden ni medida, venían creando en provecho propio loteos en manzanas periféricas". Sin embargo, el crecimiento de la ciudad ocurrió de una manera más bien espontánea.³⁴ Bogotá empezó a crecer espacialmente sin ningún planeamiento y, más aún, sin estudios paisajísticos o escenográficos de expansión urbana, prácticamente hasta la llegada de Karl Brunner en la década de 1930 —después del lanzamiento de la *Carta de Atenas*, que es como el manifiesto de los modernistas en urbanismo—.

Dentro de las obras de infraestructura urbana (servicios públicos), las más importantes fueron las siguientes: en 1867 la iluminación con lámparas de petróleo en las principales calles y esquinas de la ciudad; en 1886 la instalación de las primeras tuberías en hierro, en algunas casas particulares y fuentes públicas de Bogotá y Chapinero; en 1888 la construcción del primer Acueducto; en 1890 la creación de la Junta de Obras Públicas, encargada de la construcción de puentes, alcantarillas y demás obras del municipio; y, finalmente en 1900, el inicio del Servicio de energía y alumbrado, con planta hidroeléctrica generadora en el Charquito.

Hacia fines del siglo xix, la ciudad se aprovisionaba con el agua de los ríos San Francisco, San Agustín y Arzobispo; pero aunque hay muchas fuentes públicas y privadas, no es suficiente su cantidad para abastecer a la población, encontrándose sitios en que ésta no puede desarrollarse por falta de este "vital elemento". La empresa de acueducto sólo prestaba servicio a 4,000 usuarios. Además, el agua escaseaba por la disminución de caudal en los ríos Arzobispo y San Francisco, producto de la tala de árboles en los cerros orientales. En 1889, The Bogota Electric Light Co. inició servicios de energía eléctrica y Samper Brush compró la hacienda El Charquito, para utilizar el Salto del Tequendama como fuente de energía, cuya planta se inauguró en 1900, como ya se había dicho. Tantas obras y tanta densificación no aguantaban en una estructura espacial apretada, que, finalmente, empezó a romperse hacia el norte.

Chapinero como emblema de la transición

Hacia finales de siglo, Chapinero se convierte en el quinto barrio después de La Catedral, San Diego, Las Nieves y Las Cruces, y en el primer barrio suburbano de Bogotá. Es el barrio pionero de la nueva forma de ciudad que Bogotá adquiere empezando el siglo xx.³⁵ El *Diccionario Geográfico*, editado en 1879 por Joaquín Esguerra, refiriéndose a Chapinero dice que es un "Caserío que hace parte del barrio de Las Nieves de la ciudad de Bogotá de la cual dista 5 Kilómetros. Una capilla común, rodeada de algunas casas de teja y otras de paja, constituye el poblado. El movimiento de viajeros por el camino que va a Zipaquirá le da una curiosa animación".³⁶

En el *Almanaque y Guía Ilustrada de Bogotá* de 1881 se lee: "el incremento que está tomando Chapinero por ser el más cercano de Bogotá; la pureza del aire y de las aguas, la belleza de sus campos,

33 Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 152.

34 Carlos Niño, *Arquitectura y Estado*, p. 42.

35 Carlos Martínez, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana*, p. 150.

36 Joaquín Esguerra O., *Diccionario Geográfico de los Estados Unidos de Colombia*.

la cercanía a la ciudad, y la facilidad de los baños, atraen durante el año a familias de todas las clases sociales".³⁷ En 1885, la construcción del templo en lugar de la capilla ayudó al crecimiento urbano de Chapinero, al complementarse luego con actividades como el comercio.

Esta relación de cercanía entre Bogotá y Chapinero se facilitó en 1883-84 con la construcción del tranvía de mulas, y en 1882, cuando se construyó el ferrocarril del norte desde la carrera 13 con calle 18, el cual recorría la futura Avenida Caracas. En 1884, Chapinero se consolidó no sólo como centro recreativo, sino como centro con funciones diversas, pues su mercado semanal era complementado por establecimientos dedicados a otras actividades: escuelas, tejares, tienda de víveres, carpinterías, etcétera. En el año 1885 se le conectó el servicio de acueducto y en 1900 el de alumbrado público con bombillos eléctricos. Hasta entonces, Chapinero había sido un lugar de recreación y visitas religiosas ocasionales, para luego convertirse en un lugar de permanencia o de visita frecuente por parte de la población. Bogotá quería abandonar por completo su apariencia espacial aldeana y parangonarse con otras ciudades de talla mundial. El hito que marca ese comienzo fue la celebración de los primeros cien años de Independencia.

El Centenario

El nuevo siglo radicaliza el carácter republicano de la ciudad. En 1910, con motivo del centenario del grito de independencia de la Nueva Granada, se inauguró el Parque de la Independencia con la exposición industrial colombiana. Asimismo, en los primeros años del siglo xx, se construyeron varios pasajes comerciales. El estilo republicano de influencia europea, francés principalmente, se impuso en la nueva arquitectura de la ciudad y se contrastó con el modesto estilo colonial español.

Bogotá, en el siglo xx, abandonaba definitivamente la ciudad con estructura colonial, buscando espacio fuera de sus encerrados perímetros urbanos tradicionales. La construcción de grandes parques o bosques extraurbanos se efectuó en las primeras décadas del siglo xx. Sin embargo, el Parque de la Independencia, construido en 1907 (durante el periodo de Rafael Reyes), antes llamado Bosque de San Diego, y que adquiriría su nuevo nombre por la celebración en 1910 del centenario de la independencia de España, marca un acontecimiento urbano sin precedentes con la Exposición Industrial.³⁸

En 1910 "se hicieron festejos entre el 20 de Julio y el 6 de Agosto, día en que se posesionó de la presidencia don Carlos E. Restrepo. Entre las distintas actividades estaba un congreso internacional de estudiantes de los países de la Gran Colombia, la inauguración de varias estatuas de próceres en distintos lugares, la inauguración de unas casas para obreros de la Sociedad San Vicente de Paúl y varias misas campales. También se programaron fiestas populares de sabor tradicional: desfiles alegóricos por el Paseo Colón, una fiesta nocturna iluminada con antorchas en la Plaza de Bolívar, carreras de caballos, toros, retretas y espectáculos varios en los teatros. Los festejos también incluían una exposición industrial, Agrícola y de Bellas Artes".³⁹

37 Francisco Javier Vergara y Velasco, *Almanaque y Guía ilustrada de Bogotá*.

38 Silvia Arango, *Historia de la arquitectura en Colombia*, p. 137.

39 *Ibidem*.

Para la exposición del centenario de 1910 se construyeron tres pabellones grandes: el de la Industria, el Egipcio y el de Bellas Artes, junto con otras edificaciones menores en lujo y tamaño, como el pabellón de las Máquinas, el quiosco de la Música, el quiosco Japonés y el de la Luz. El Quiosco de la Luz fue hecho a imagen y semejanza del "petit triagnon" de Versalles y fue la primera construcción bogotana hecha enteramente con cemento nacional.⁴⁰

El parque de la Independencia fue el segundo parque extraurbano construido en Bogotá, después del Parque del Centenario (de estilo francés), pero el primero con mayores dimensiones que aquel. Estos primeros parques extraurbanos, divididos por la carretera del norte (carrera 7a.), se ubicaban en el límite de la ciudad colonial hasta inicios del siglo xx, y estaban en la ruta del tranvía que hacía recorrido desde Bogotá hasta Chapinero, nuevo polo de crecimiento de la ciudad hacia el norte. Dicen los entendidos que el plano general del parque "refleja el carácter pintoresco y no geométrico del trazado: en él están ausentes los ejes mayores de composición y simetría característicos del rigor formal del parque francés y adopta en cambio un aspecto más próximo al jardín inglés".⁴¹

Además, el parque de la Independencia era considerado un espacio público privilegiado para el encuentro, la meditación, la conversación y el esparcimiento de los bogotanos de comienzos de siglo. La acción republicana sobre la ciudad se concentró en el diseño de tres tipos de espacios: el parquebosque, los pequeños parques urbanos y las avenidas.⁴² "La acción republicana" corresponde al período que Silvia Arango caracteriza como de nuevas influencias europeas aplicadas a la arquitectura y los espacios urbanos colombianos de 1880 a 1930.⁴³

La segunda parte del siglo xix fue, en Europa y los Estados Unidos, una época en que las teorías higienistas sirvieron de explicación para las enfermedades. Siguiendo esta línea de pensamiento, un medio insalubre y pantanoso que expide malos olores (o "miasmas", como eran llamados) es fuente de problemas sanitarios. Era esta una forma de ligar el medio ambiente con la cuestión sanitaria. Y por ello, cuando a finales del siglo xix se hicieron los primeros adelantos en la idea de canalizar el cauce del río San Francisco, éste era considerado un verdadero problema sanitario para la ciudad, por las aguas y basuras que las calles arrastraban hasta desembocar en él y los desechos que abundaban en su ribera. El primer tramo que se cubrió fue el ubicado entre la calle Real y la calle del Florián (correspondiente a la actual avenida Jiménez de Quesada entre las carreras 7a. y 8a.), lo que permitió dar inicio a la construcción del edificio Rufo Cuervo en 1891, sede de la Gobernación de Cundinamarca hasta 1941, cuando su demolición fue emprendida para darle continuidad a la avenida.⁴⁴

40 *Ibidem*.

41 *Ibidem*.

42 *Ibidem*.

43 *Ibidem*.

44 Fabio Puyo, Alfredo Iriarte y Julián Vargas Lesmes, *Historia de Bogotá*, p. 214.

CONCLUSIÓN

Varios puntos se deben resaltar de este rápido recorrido por los aspectos ambientales de la historia republicana de Bogotá. El más amplio, profundo y documentado estudio de Germán Mejía muestra las transformaciones que se produjeron durante los primeros cien años del periodo republicano. Sin embargo, tres aspectos, al menos, reflejan más continuidad que cambio. Primero, una estructura espacial colonial que en lo fundamental se mantuvo; y esto a tal punto que su forma ortogonal, su cuadrícula (que debemos considerar un elemento racional y moderno propio del espacio urbano, a pesar de haber sido introducido desde el periodo colonial por los españoles), introdujo en sus pobladores una lógica urbana inconsciente.

En segundo lugar, la continuidad también se reflejó en que muchas de las edificaciones coloniales se mantuvieron, aunque sus dueños cambiaran, por ejemplo, como algunos edificios de la Iglesia que pasaron a ser estatales. Tercero, la continuidad reflejada en la persistencia de la representación del plano de la ciudad, no bajo la lógica cartográfica estándar, sino siguiendo la curiosa colocación del oriente de la ciudad en la parte superior del plano, es decir donde debería estar colocado el norte.

Así, la ciudad colonial que estaba caracterizada por una relativa escasez de transacciones comerciales, un lento ritmo de vida y un crecimiento demográfico con un comportamiento similar, se aceleró bajo la lógica que fue generando una creciente expansión económica, lograda mediante la domesticación de las tierras templadas y calientes, y cuya causa fue la expansión del mercado Atlántico. Este crecimiento no tuvo en Bogotá la misma fuerza inicial que en otras ciudades latinoamericanas del siglo XIX, orientadas a una apertura hacia los mercados europeos y estadounidenses, en parte, por considerables procesos de inmigración.

Precisamente, a diferencia de Bogotá, muchas otras ciudades latinoamericanas, especialmente desde 1880, cambiaron aceleradamente su fisonomía, promovidas por la expansión económica del mercado Atlántico, que impactó dramáticamente las capitales y los puertos. Así, por ejemplo, vale la pena contrastar a Bogotá con dos de las más importantes ciudades conectadas a este mercado. Buenos Aires pasó de 75,000 habitantes en 1875 a 677,000 en 1895 y a 2 millones en 1930. Por su parte, Río de Janeiro tenía 550,000 a comienzos de siglo y 1 millón en 1920; mientras que Bogotá tenía 41,000 en 1840; 84,000 en 1881 y 100,000 en 1905.⁴⁵

Colón, Panamá y Barranquilla eran ciudades que se conectaban al mercado Atlántico más fácilmente que Bogotá. Barranquilla, con la economía de exportación, acabó desplazando a las dos ciudades coloniales costeras por excelencia, Cartagena y Santa Marta, y de ser un caserío a comienzos del siglo XIX, pasó a convertirse en la tercera ciudad de Colombia a principios del XX. Miguel Samper, por ejemplo, se refería a ella en 1872 como "fruto espontáneo del comercio". Agregaba que "en ella existen quizás más extranjeros que en todo el resto de la república; el inglés se oye hablar en los escritorios, en los docks, en el ferrocarril, en los vapores; y el movimiento comercial, el ruido de la actividad, el pito de la máquina de vapor, forman contraste con la quietud de las ciudades de la altiplanicie".⁴⁶

45 José Luis Romero, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, p. 220.

46 Miguel Samper, *La miseria en Bogotá*.

La segunda parte del siglo xix aceleró el rompimiento con las formas previas de tenencia y propiedad de la tierra, debido a un proceso migratorio de indígenas desplazados, despojados y sin raíces de resguardo, lo que generó una situación de miseria en la ciudad y una concentración de fuerza laboral, propicia para el posterior descenso hacia la tierra caliente. La ciudad se vio forzada a crecer verticalmente, estrangulada por las haciendas. Sólo a comienzos del siglo xx la expansión horizontal fue posible. Chapinero fue el barrio pionero de esta expansión, pero más tarde el sur fue su contraparte social. El avance hacia el occidente fue más lento, en parte debido a que los bogotanos de la élite, como Tomás Rueda lo expresó, consideraban que el norte era para la gente, pero el occidente para las vacas.⁴⁷ En la medida que se aceleró el ritmo de vida y creció la importancia económica de los comerciantes, el predominio de los hacendados se vio atenuado.

En los primeros años del siglo xx, algunos urbanistas europeos opusieron dos reparos fundamentales a la forma de organización planimétrica de Bogotá, propia de las ciudades de fundación española, con su retícula o sistema ortogonal de calles. El primero, relacionado con la monotonía sustentada por la sucesión de iguales manzanas cuadrangulares, alineadas a lo largo de calles invariables. El segundo, referido a los recorridos inútiles que implicaba el sistema, por falta de diagonales que acortaran las distancias. Por ello, se intentó adoptar otros modelos urbanísticos, ensayados en Francia principalmente.

Hacia el centenario de la República, Bogotá había subordinado los territorios de tierra caliente que le eran aledaños, al tiempo que empezaba a romper la idea del contraste entre naturaleza y civilización de tipo colonial. Esto, a través de una humanización de la naturaleza, que permitió reintroducirla al interior de la ciudad, en la forma de parques. A fines del siglo xx, en medio de la crisis del desarrollo y el caos urbano, los líderes de la ciudad tratan de hacer algo de lo que hicieron sus paisanos un siglo antes. Aparentemente no habría nada nuevo bajo el sol, si no fuera porque, un siglo después, la Sabana, el *hinterland* de la urbe republicana, ya se encontraba casi completamente urbanizada.

47 Tomás Rueda Vargas, *Escritos sobre Bogotá y la Sabana*.

- Arango, Silvia, *Historia de la arquitectura en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989.
- Camacho Roldán, Salvador, *Estudios*, Bogotá, Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936.
- Departamento Administrativo de Planeación Distrital, *Cartilla del espacio público*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, 1993.
- Escovar, Alberto; Margarita Mariño y César Peña, *Atlas histórico de Bogotá. 1538-1910*, Bogotá, Planeta-Corporación La Candelaria, 2004.
- Esguerra O., Joaquín, *Diccionario Geográfico de los Estados Unidos de Colombia*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1879.
- Goueset Goueset, Vincent, *Bogotá. Nacimiento de una metrópoli: La originalidad del proceso de concentración urbana en Colombia en el siglo XX*, Bogotá, CENAC-Tercer Mundo Editores, 1998.
- Iriarte, Alfredo, *Breve historia de Bogotá*, Bogotá, Editorial Oveja Negra-Fundación Misión Colombia, 1988.
- Martínez, Carlos, *Santafé de Bogotá*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.
- _____, *Bogotá: Sinopsis de su Evolución Urbana 1536-1900*, Bogotá, Editorial Escala, 1976.
- Mejía Pavony, Germán Rodrigo, *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá*, Santa Fe de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 2000.
- Moro, Thomas, *Utopía*, Madrid, Edimat libros, 1999.
- Niño, Carlos, *Arquitectura y Estado*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1991.
- Palacio Castañeda, Germán A., *Civilizando la tierra caliente. La supervivencia de los bosques amazónicos. 1850-1930*, Bogotá, Ascún-El Espectador, 2004.
- _____, *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia*, Bogotá, UNAL-Amazonia-ILSA, 2007.
- Puyo Vasco, Fabio, Alfredo Iriarte y Julián Vargas Lesmes, *Historia de Bogotá*, Bogotá, Villegas Editores-Fundación Misión Colombia, 1988.
- Rivas, Medardo, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Banco Popular, 1972.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Rueda Vargas, Tomás, *Escritos sobre Bogotá y la Sabana*, Bogotá, Villegas Editores, 1988.
- Samper, Miguel, *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Colseguros, 1998.
- Serje, Margarita, *El revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá, UNIANDES-CESO, 2005.
- Vergara y Velasco, Francisco Javier, *Almanaque y Guía ilustrada de Bogotá para el año de 1881*, Bogotá, Imprenta de I. Borda, 1881.